

Notas del mes

Hernández Catá

Diversas manifestaciones de sus amigos escritores y de los círculos sociales y diplomáticos, subrayaron el pesar por el alejamiento de Chile de Alfonso Hernández Catá. Llegó a ser como uno de los nuestros, gracias a la simpatía comunicativa y a su acendrado amor por las letras. Por lo demás, su pasado literario y la naturaleza misma de su obra de escritor fueron circunstancias que colaboraron eficazmente en esta general simpatía por el hombre. El hogar de la Legación lo fué para muchos escritores que encontraron allí efusión, intimidad y calor de amistad. Un embajador como Hernández Catá es, indudablemente, algo más que el embajador protocolar de los círculos oficiales, que vive sólo para esos círculos y nada de ellos trasciende al terreno público. Por lo contrario, en el que Cuba había destacado para representarla en Chile había otra forma de la diplomacia, quizá de las menos socorridas, porque es la más difícil de hallar: el representante de la cultura, con el cual no existen las fórmulas cerradas y defensivas del representante genérico y que trabaja por el sentimiento, por la camaradería antes que por los caminos del oficialismo. Hernández Catá supo golpear con su mágica varilla los corazones de los amigos. El mismo estaba siempre en postura de amistad, de confianza. La establecía aún a despecho de inevitables suspicacias, que son también el lastre que en la amistad interpolan otros sentimientos. Fueron muchas las manifestaciones que recibió antes de su

partida a hacerse cargo de la representación de Cuba en Río de Janeiro. Muchas para significarle cuánto se le apreciaba aquí y en qué forma se había comprendido su labor y su amistad. El mismo sintió hondamente esta partida. Creemos que lo expresó alguna vez en sus discursos o en sus conversaciones privadas. Una permanencia en Chile para un hombre de sensibilidad, significa el hallazgo inesperado para el espíritu de fuentes secretas de fervor. La tierra chilena es dura en la apariencia, es fría en el clima exterior; pero oculta una viva calidez en lo más profundo. Igual que el cerro al ser desventrado, revela el filón rico y generoso. Aun más, forzando el símil podría decirse que el carácter del chileno es como el fruto del castaño: envuelto en la coraza de espinas, temerosa para muchas manos al tomarlo, guarda la médula de una carne dulce y tibia, que es la efusión del corazón hospitalario. El camino para llegar a esa profundidad suele, en ocasiones, ser engañoso para las manos que no saben eludir las espinas.

Chile está conformado así. Es su naturaleza. Y en esta sobriedad chilena, que muchos suelen tomar por hurañez o indiferencia, hay también la estirpe de un carácter original, que es firme en sus afectos y sólido en sus amistades.

Hernández Catá conoció nuestra tierra y la sintió como un chileno. La vivió comprendiéndola y la apreció en el espectáculo de su sociedad y en la obra seria y ponderada de sus escritores. Su partida de Chile ha sido, por esto, hondamente lamentada.

La novela en la América del Sur

El escritor ecuatoriano Alejandro Andrade Coello ha publicado, en un breve folleto, un ensayo que ha titulado *Algo sobre la novela en la América del Sur*. En este ensayo realiza el autor un viaje bastante incompleto a lo largo de la novela hispanoamericana. No vamos a referirnos, por cierto, sino a lo que tiene relación más directa con Chile. Otros lo harán en lo que se